

EL RINCON DE LA HISTORIA

DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Y LA MUSICA

Hace cuatro siglos, «en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento», vino al mundo la maravillosa progenie de don Miguel de Cervantes y Saavedra, esas criaturas que viven aún con la eternidad del genio, en la historia, el arte y la literatura.

Tan altos personajes como Don Quijote y Sancho Panza, el Cura y el Barbero, Dulcinea, el Ama y la Sobrina, estaban destinados a golpear cual estímulos potentes la imaginación de los compositores; y no bien llegaron a Inglaterra cabalgando por los caminos de la traducción de 1612, Henry Purcell, el músico británico, los llevó al pentagrama en esas tres partes de *Don Quixote*, escritas entre 1694 y 1695. Eran obras en que, a la manera del teatro de la Restauración, se combinaban la mascarada popular con un misceláneo texto dramático.

La música romántica tuvo también su aventura quijotesca y Félix Mendelssohn, adolescente de diecisiete años, escogió uno de los episodios más característicos: *Las Bodas de Camacho*, para bordar una partitura elegante y poética sobre una historia mediocre de Klingemann. Tímidamente golpeó el autor la puerta de Spontini, el director de orquesta, pero el maestro supo comprender el destino del joven músico, y una tarde, en un pequeño teatro de Berlín, el 29 de Abril de 1827, un selecto público escuchó las romanzas evocadoras del pasado español.

Aventura en busca de nuevos caminos expresivos para la música fué también la de Ricardo Strauss, al componer en 1897, su *Don Quixote, fantastische Variationen über ein Thema ritterlichen Charakters*, en que por medios sonoros quiso expresar los estados de alma —la realidad y el ideal— del Caballero de la Triste Figura y su leal escudero Sancho Panza. Las variaciones vienen a culminar en los momentos en que Don Quijote recobra la razón perdida y muere en éxtasis de estoica resignación española.

De nuevo se mueve la creación cervantina en el teatro en 1910. Esta vez es la obra de Jules Massenet que en repetidas ocasiones había buscado en el venero tradicional temas hispanizantes para sus óperas *El Cid* o *Don César de Bazán*. Una música superficial y fragmentaria anima la trama de esta comedia heroica en cinco actos. A ratos la ternura estalla como en la romanza de Dulcinea al pie de la ventana, pero fué, en verdad, más que la música la interpretación de Feodor Chaliapine, el extraordinario bajo ruso, lo que popularizó en el mundo escénico y cinematográfico la sin par figura del héroe.

España reclamó a la postre para sí a este personaje consustancial a su espíritu. Y la genialidad de Don Manuel de Falla trazó ese *Retablo de Maese Pedro*, en que al decir de un crítico, «está contenida toda España». Los muñecos de la complicada tramoya de los títeres

debutaron en París, en casa de la Princesa de Polignac, el 25 de Junio de 1923, rodando luego por los senderos del arte en una partitura que se ha considerado la obra cumbre de la música contemporánea de la Península.

En esta rápida reseña de asociación a las festividades del centenario cervantino, tócanos citar la última aventura musical del ilustre manchego, el episodio sinfónico *Don Quijote velando las armas*, del alicantino Oscar Esplá, dirigido por el maestro Arbós en la temporada de 1927, en Madrid; trozo delicado y poético, ayuno tal vez de ese vigor castellano que caracteriza al eterno personaje de don Miguel de Cervantes.

Y nosotros que nacionalizamos como ciudadano chileno a uno de los descendientes de Sancho Panza, esos Pasamonte de la Panza que rehabilitara en un simpático artículo don Carlos Silva Vildósola; nosotros que enterramos en la plaza de Talca, la canilla de don Quijote, deberíamos mover con nuestra música a algunos de los innumerables hijos cervantinos, por ejemplo, ese Pedro de Urdemales, «—Y a las Indias fuí y volví—», todavía vivo a la hora del recuerdo folklórico en sus aventuras chilenas que recopilara don Ramón Laval.

E. P. S.